

TERCER SEMINARIO
LECTURA: PASADO, PRESENTE Y FUTURO

¿Extinción o transfiguración del lector?

ELSA M. RAMIREZ LEYVA
Compiladora



LB1049.95 Seminario Lectura: Pasado, Presente y Futuro (3 : 2008 : México, D.F.)
S45 ¿Extinción o transfiguración del lector?: Memoria del
2008 Tercer Seminario Lectura : pasado, presente y futuro, del 21 al 24 de noviembre de 2005 / comp. Elsa Margarita Ramírez Leyva.- México : UNAM, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, 2008.
175 P. - (Sistemas Bibliotecarios de Información y Sociedad)
ISBN: 978-970-32-5458-3

1. Lectura - Congresos I. Ramírez Leyva, Elsa Margarita. comp. II. t. II. ser

Diseño de portada: Mario Ocampo Chávez

Primera Edición 2008
DR © UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, 04510, México D.F.
Impreso y hecho en México
ISBN: 978-970-32-5458-3

Contenido

PRESENTACIÓN.	1
CONFIGURACIONES Y TRANSFIGURACIONES BIBLIOTECARIAS DEL LECTOR EN LA MODERNIDAD.	17
Didier Álvarez Zapata	
LA LECTURA EN EL HORIZONTE DE LA COMUNIDAD.	37
Héctor Guillermo Alfaro López	
LEER PARA VIVIR EN TIEMPOS DE INCERTIDUMBRE.	53
Michèle Petit	
EXTINCIÓN Y TRANSFIGURACIÓN DEL LECTOR.	79
Elsa M. Ramírez Leyva	
MANDATOS DE LECTURA PARA ADOLESCENTES Y JÓVENES.	111
Juan Domingo Argüelles	
LAS VARIACIONES DEL MEDIO IMPRESO Y EN LÍNEA EN LOS MODOS DE APRENDER.	127
Carmen Patricia de Aguinaga Vázquez	
EL LIBRO, ¿UNA IDEOLOGÍA DE LA INFORMACIÓN?.	153
Margarita Palacios Sierra	
“ENTRE MÁS CAMBIAN LAS COSAS, MÁS SIGUEN IGUAL”: LA LECTURA Y EL PANORAMA GENERAL DE LOS MEDIOS MASIVOS DE COMUNICACIÓN DEL SIGLO XXI.	161
Klaus Schönbach	
QUE SE MUERAN LOS LIBROS. UNA MIRADA CRÍTICA A UN MUNDO DE LECTURAS VIRTUALES	169
Rodolfo Castro	
TAL VEZ SOÑAR.	183
Emilia Gallego Alfonso	

Mandatos de lectura para adolescentes y jóvenes

JUAN DOMINGO ARGÜELLES

DGB/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

En 1992, el escritor francés Daniel Pennac publicó su libro, hoy clásico, *Como una novela*, pensado para los adolescentes y jóvenes no lectores de libros. Este libro es una respuesta sensata y cordial al desafortunado mandato “hay que leer”. Sintomáticamente, *Como una novela* se tradujo a múltiples idiomas y en su primer año ya había vendido más de 250 mil ejemplares. Muchos adolescentes y jóvenes que no solían ni querían leer libros, leyeron al menos éste.

Como todos ustedes saben, el elemento que desencadena toda la reflexión de *Como una novela* es precisamente el de los adolescentes y los jóvenes que no leen y que, en general, *sienten* que no desean leer, frente a la imposición de los adultos y la machacona reiteración social de que leer es importante, de que leer es bueno, de que leer nos hace mejores, de que leer nos hace incluso superiores y, ya menos jactanciosamente, de que leer es mejor que no leer.

Pero como tantas y tantas recomendaciones y exigencias de los adultos, la de leer libros es vista por los adolescentes y los jóvenes como otro más de los mandatos a los que deben resistirse y oponerse en el camino de su afirmación personal. En la tensión natural que existe entre los mundos juvenil y adulto, no hay adolescente o joven que, ejerciendo del todo su condición adolescente o juvenil, acepte con absoluta docilidad

¿Extinción o transfiguración del lector?

los consejos, preceptos e imposiciones de los adultos y los viejos, es decir de sus padres, sus abuelos y sus maestros. Por definición, en esta tirantez de dos temperamentos que se oponen (el de los jóvenes y el de los viejos), no hay adolescencia ni juventud sumisas. Daniel Pennac lo entendió a la perfección. Por eso escribió *Como una novela*.

Este aspecto del que hablamos lo ilustra del modo siguiente:

“Y ahí le tenemos, adolescente encerrado en su cuarto, delante de un libro que no lee. Todos sus deseos de estar en otra parte crean entre él y las páginas abiertas una pantalla glauca que enturbia los renglones. Está sentado ante la ventana, la puerta cerrada a su espalda. Página 48. No se atreve a contar las horas pasadas a la espera de esa página cuarenta y ocho. El libro tiene exactamente cuatrocientas cuarenta y seis. O sea quinientas. ¡500 páginas!... Páginas llenas de renglones comprimidos entre márgenes minúsculos, párrafos negros amontonados entre sí, y, aquí y allí, el favor de un diálogo: un guión, como un oasis, que indica que un personaje habla con otro personaje. Pero el otro no le contesta. ¡Sigue un bloque de doce páginas! ¡Doce páginas de tinta negra! ¡Te ahogas! ¡Oh, cómo te ahogas! ¡Putá, joder, mierda de libro!... Página cuarenta y ocho... ¡Si se acordara, por lo menos, del contenido de las cuarenta y siete primeras!”

Como bien lo advierte Pennac, el libro es, como en este ejemplo, el deber, sin relatividades, impuesto desde la escuela. ¡Es el deber! *Y el deber es un libro*. ¡Leer un libro! Así las cosas, para un adolescente que no tiene entre sus prácticas habituales la de la lectura, “un libro es un objeto contundente y es un bloque de eternidad. Es la materialización del tedio. Es el libro”. Para un adolescente y un joven en estas circunstancias, el verbo leer no es una conjugación simple. No es nada más *leer*, que ya implica un cansancio, sino *tener que leer*, que adiciona al tedio la gran tortura de la obligación, cuando lo que más se desea es hacer otra cosa, cualquier cosa, incluso muchas cosas, pero ninguna —esto es seguro— que tenga que ver con leer un libro.

Sostiene Pennac que si los jóvenes no aman la lectura, no debemos acusar a la televisión ni a la modernidad ni a la escuela, sino preguntarnos, desde nuestra condición de adultos, cómo es el lector *ideal*

que estamos exigiendo, y no olvidar que hemos elevado la televisión y los demás entretenimientos a la dignidad de recompensa al tiempo que rebajamos la lectura al papel de tarea, de deber ineludible. Ustedes también recordarán que en el capítulo 30 de *Cómo una novela* hay un convincente diálogo entre un profesor y su esposa, donde ésta lleva la voz crítica e ilustra perfectamente la problemática de la lectura en los jóvenes desde los ámbitos escolar y familiar. Por su certera conclusión, bien vale reproducirlo así sea fragmentariamente:

“—Lo que yo espero es que desenchufen sus walkmans y se pongan de una vez a leer!

—En absoluto... Lo que tú esperas es que te entreguen buenas fichas de lectura sobre las novelas que *tú les impones*, que ‘interpreten’ correctamente los poemas que tú has elegido, que el día del examen analicen hábilmente los textos de *tu* lista, que ‘comenten’ juiciosamente, o ‘resuman’ inteligentemente lo que el tribunal les colocará bajo las narices esa mañana... Pero ni el tribunal, ni tú, ni los padres desean especialmente que estos chicos lean. Tampoco desean lo contrario, fíjate. Desean que saquen adelante sus estudios, ¡punto!”

Y así es: “hay que leer” se convierte en un dogma contra el que, naturalmente, los adolescentes y jóvenes reaccionan leyendo mal y de malas, a regañadientes, irritados contra el libro, sus mayores, sus padres y sus profesores. No se ha encontrado un método más eficaz para hacer que los adolescentes y los jóvenes cierren, inmediatamente, las puertas de la lectura.

En su *Diccionario práctico para el conocimiento sexual*, Claudio Arco von Perfall define del siguiente modo la adolescencia:

“Fase del desarrollo comprendida entre los 15 y los 19 años, en las mujeres; y entre los 16 y los 20 años, en los varones. Se caracteriza por la maduración de los caracteres sexuales primarios, los cuales conducen a una conciencia más clara del objeto del placer. En la adolescencia el organismo entra en una etapa de relativa tranquilidad, verificándose en el campo individual una expansión de la personalidad, así como una asimilación progresiva del mundo del adulto. Sin embargo, esto no quiere decir

¿Extinción o transfiguración del lector?

que los adolescentes no se encuentren desorientados. Ellos viven únicamente desde la perspectiva de los sentimientos, de la subjetividad, y por eso las tendencias expansivas del yo y los anhelos de libertad chocan con la realidad del ambiente. Todavía no son capaces de aprehender el carácter universal de las normas que rigen la justicia, el derecho y la sociedad entera... Sólo al final de la adolescencia, con la integración de los aspectos psicosexuales, el reconocimiento objetivo de la cultura y la incorporación a la comunidad, se hallan capacitados para resolver las tareas fundamentales de la sexualidad, el matrimonio, la sociedad y el propio destino”.

La característica de los adolescentes y jóvenes es resistirse, oponerse a lo que se les impone, ir en contra de lo establecido que es lo vuestro, sin meditar necesariamente en su carácter positivo o negativo. Perciben que lo que se les impone no corresponde de manera natural a lo que les interesa. En su espléndido libro de fragmentos escogidos, *La palabra educación*, Juan José Arreola advierte con gran lucidez que el chico que rompe una lámpara del alumbrado en la calle cree hacer un acto heroico porque se enfrenta a la policía que es el poder público y, en general, aun si no se produjera de manera física este enfrentamiento, de todos modos disfruta íntimamente de dicha transgresión que es, desde luego, un acto de provocación y desobediencia contra todo poder y contra todo orden.

A propósito del sincero arrepentimiento de Cioran en relación con sus juveniles simpatías fascistas, en su libro *El telón* Milan Kundera nos entrega la siguiente frase, oportuna e iluminadora sobre lo que estamos tratando de explicar: “¡Nadie comprenderá al otro sin ante todo comprender su edad!” Y, haciendo acto de contrición, el propio Cioran dirá: “cuando vuelvo a pensar en todo el delirio de mi yo de entonces, me deja estupefacto enterarme de que aquel extraño era yo”. Con mucha frecuencia se nos olvida que, respecto de sus actitudes y certezas, los adolescentes y los jóvenes se parecen muy poco, y a veces casi nada, a los adultos que, por principio, han abjurado de todos sus pasados de adolescencia y juventud. Por falta de sinceridad, contraria a la contrición de Cioran, muchos adultos ya ni siquiera deseamos saber que un día fuimos adolescente y jóvenes; a grado tal que hasta queremos olvidar de qué modo febril, y quizá desdichado, lo fuimos.

Una cosa es verdad: en tanto más se cede ante los imperativos de los viejos, más inauténtico se siente el joven; sabe que se traiciona, que se niega, y ello le produce resentimiento y rencor. Para un adolescente y para un joven, lo natural es mantenerse siempre a la defensiva: “¡Y, dale, ya va a empezar de nuevo el ruco con su sermón, con su monserga, con su choro!” Y esto es válido en relación con el libro o en relación con cualquier otra cosa, pues una de las cualidades de la juventud es la de obedecer únicamente a los impulsos íntimos y a las exigencias de las satisfacciones más personales.

El joven es, por definición, el insubordinado. Ejerce la libertad incluso contra sí mismo. Plantearse la condición sedentaria ante un libro impuesto va contra su propia naturaleza. En *Sobre el sentimiento de inmortalidad en la juventud*, William Hazlitt es elocuente. Sólo a medida que avanzamos en la vida, es decir sólo a medida que nos hacemos viejos o vamos dejando de ser jóvenes,

“adquirimos un sentido más agudo del tiempo. Ninguna otra cosa, efectivamente, nos parece de importancia: y en ese aspecto nos volvemos avaros... En lugar de la sensación plena y pulposa de la juventud todo es uniforme e insípido”.

Intoxicado, enfebrecido por la vida, pocas cosas hay que le parezcan menos atractivas a un adolescente o a un joven que estar sumido en la lectura de un libro que no le interesa, que le fue impuesto, que le aburre, que no entiende y que, además, no quiere entender, y que le resulta la forma más cruel e injusta de reprimir su ímpetu desordenado, desorganizado y liberador.

José Ortega y Gasset, precisamente en uno de sus textos clásicos, *Misión del bibliotecario*, vio todo esto con absoluta claridad. Explica que, a diferencia del proceder que se tiene en la madurez,

“la juventud no suele hacer lo que hace porque haya que hacerlo, por considerarlo inexcusable. Al contrario: en cuanto advierte que algo es forzoso, ineludible, procurará evitarlo, y si no lo logra, cumplirá la tarea con tristeza y desgana. La falta de lógica que ello implica pertenece al tesoro magnífico de incongruencias en que, por su fortuna, la mocedad

¿Extinción o transfiguración del lector?

consiste. El joven sólo se embarca con ilusión en aquellas ocupaciones que se le presentan con el aspecto de revocables, es decir, que no son forzosas, que podían perfectamente ser sustituidas por otras, ni más ni menos oportunas y recomendables. Necesita pensar que en todo momento está en su mano dejar aquella faena y brincar a otra, con lo cual evita sentirse prisionero de un solo quehacer. En suma, el joven no se adscribe a lo que hace, o lo que es lo mismo, aunque lo haga con todo esmero y heroísmo, no lo hace casi nunca completamente en serio, sino que en su secreto fondo rechaza sentirse irrevocablemente comprometido y prefiere quedar en permanente disponibilidad para hacer otra cosa distinta y aun opuesta. De este modo, su concreta ocupación se le aparece como un mero ejemplo de las innumerables otras cosas a que podía en aquel instante dedicarse. Merced a este íntimo ardid consigue virtualmente lo que ambiciona: hacer todas las cosas a un tiempo, ser de un golpe todos los modos de ser hombre”.

En el lado opuesto, como perfectamente lo observa también Ortega, la edad madura siente repugnancia por el narcisismo juvenil “que hace una cosa cualquiera precisamente porque es cualquiera y, sin embargo, cree vanidosamente estar haciendo algo”. Esa irritación, y quizá ese resentimiento de la edad madura hacia el adolescente y el joven, conduce a los adultos a imponerles prácticas que los puedan llevar hacia la madurez. Los adultos se dicen preocupados y aun angustiados de que adolescentes y jóvenes no tomen nada en serio y se queden anclados en su pernicioso puerilidad. La imposición de disciplinas (y leer libros puede ser sin duda una inexcusable disciplina) es una forma de hacer saber al joven que en este mundo hay que adquirir hábitos nobles y productivos, y que leer libros temple el carácter, incrementa el saber, fortalece la inteligencia, aguza la sensibilidad y, con perseverancia, puede lograr que seamos tan serios y tan maduros como aquellos a quienes les debemos obediencia.

La falta de fidelidad hacia una tarea trascendental que los adultos reprochamos a adolescentes y jóvenes es en realidad una congruencia de la condición de ser adolescentes y jóvenes. Ser fieles a la condición de adultos sería, por el contrario, una inconsistencia y una traición a su propia naturaleza. En una sala cinematográfica, Fernando Savater ha sabido

observar, describir e imaginar, en su naturaleza más fiel, el comportamiento juvenil. Lo refiere en su autobiografía razonada *Mira por dónde*:

“me rodeaban [adolescentes y jóvenes] distraídos que jugaban con sus teléfonos móviles, se mandaban unos a otros mensajes durante la proyección y sólo atendían ocasionalmente a la pantalla cuando una explosión importante despedazaba al enemigo ocasional, en el que antes para nada se habían interesado. Me los imaginé en casa ante el televisor, mando en ristre sin cesar de hacer *zapping*, viendo sucesivos y vertiginosos fragmentos de relato que nunca comprenderían por completo; me los imaginé en clase, incapaces de escuchar diez minutos seguidos al profesor insistente, me los imaginé hojeando un libro a la carrera y pasando a otro, o escuchando un minuto de música con impaciencia porque ya desean oír otra canción. Me los imaginé viviendo entre retazos las angustias del mundo global, incapaces de fijarse en nada el tiempo suficiente para que les apasione a fondo o les conmueva de veras, sin paciencia para atender a argumentos y debatirlos, compasivos instantáneos a ratos pero sin tenacidad para enmendar los males que tan pronto deploran como olvidan”.

Al preguntarle al escritor Carlos Monsiváis qué es lo que más admira en los jóvenes, su respuesta describe de modo preciso las características de esa edad crítica: “la frescura, la desfachatez, la sana y vigorosa ignorancia, la falta de respetos preconcebidos; lo que, desde fuera, se llama la insolencia y la acometividad, el extremo rigor de los juicios morales, el desmadre y la capacidad sostenida del relajo como creación del punto de vista que corresponde al temperamento”. Pocas definiciones sobre esta edad son tan exactas, psicológica y culturalmente. Quizá valdría tan solo agregar, a manera de corolario, lo que alguna vez dijo Juan José Arreola: “En todo adulto hay un joven que ha languidecido... Queremos que los jóvenes cambien, pero el futuro que ofrecemos a los jóvenes es nuestro presente de adultos”.

Sólo en la medida en que los jóvenes van dejando de serlo, comienzan a concentrarse en las cosas “importantes” de los adultos, y es sólo en esa medida que llegan a aceptar que los libros y la lectura son también cosas que les pueden interesar. Sin embargo, mientras más nos

¿Extinción o transfiguración del lector?

esforcemos en imponer lecturas, más oposición encontraremos para alcanzar la disposición deseada.

En su libro *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, Michèle Petit nos advierte que la mejor estrategia para conseguir la atención de los jóvenes hacia la lectura es no encasillándolos, sino, por el contrario, tendiendo puentes para permitir que ellos mismos elaboren sus propios intereses y valores. Lo que los adultos hemos hecho hasta el momento con los adolescentes y los jóvenes en materia de libros y lectura, casi en su generalidad, es imponerles nuestra visión del mundo y nuestros propios intereses. Queremos que lean lo que a nosotros nos interesa leer como adultos, no lo que a ellos les interesa leer como jóvenes y ni siquiera lo que a nosotros nos hubiera gustado leer en la edad juvenil. Tratamos de imponerles la felicidad, porque la felicidad les “conviene”, pero ésa no es su felicidad, sino la nuestra, hecha de paradigmas del mundo adulto o de vagas ideas nostálgicas sobre lo que creemos debe ser la juventud y que, por cierto, cuando fuimos jóvenes, no obedecemos.

Por eso suelen fracasar los programas de lectura con los adolescentes y jóvenes, y por eso, pese a la inteligencia con la que está escrito *Cómo leer un libro*, sorprendentemente, Mortimer J. Adler y Charles van Doren, sus autores, no alcanzan a comprender del todo las relatividades juveniles cuando ponderan en el dominio de la lectura, casi por excelencia, destrezas y habilidades, pero muy escasamente los conflictos de la personalidad en relación con aquellas etapas de la edad y el desarrollo.

Leer libros va más allá de ser una competencia y una destreza básicas en términos educativos y culturales. Por lo tanto, enseñar a leer a los jóvenes no es nada más un problema educativo aunque éste sea fundamental. La respuesta al problema de la lectura en los adolescentes y jóvenes, tal vez la den involuntariamente los propios Adler y Doren cuando, al citar a James Mursell, del Colegio de Profesores de la Universidad de Columbia, suscriben que

“en líneas generales, se enseña y se aprende a leer de forma eficaz hasta quinto y sexto grados. Hasta ese nivel se observa un progreso global y constante, pero a continuación la curva desciende hasta llegar a un punto muerto, y no

podemos atribuirlo a que una persona alcance el límite natural de rendimiento cuando llega a sexto grado, porque se ha demostrado en repetidas ocasiones que, con una enseñanza especial, los niños mucho mayores pueden realizar progresos impresionantes, y también los adultos”.

En lo que no ahondan Adler y Doren, como tampoco lo hacen otros teóricos de la lectura, es en el hecho de que a partir de la adolescencia los alumnos discuten más las imposiciones y muestran un rechazo evidente hacia aquellos deberes que les resultan más aburridos. Y la enseñanza de la lectura, en prácticamente todas las escuelas, es una de las tareas más tediosas e insoportables. Reducirlo todo a destreza y habilidad, a enseñanza especial y a alumnos incompetentes, es simplificarlo a un asunto técnico cuya preeminencia por parte de teóricos y profesores ha llevado al fracaso a la lectura en esta etapa de la vida.

No tomar en cuenta los intereses de los adolescentes y jóvenes, ni las naturales inclinaciones y aptitudes, ha hecho que se les impongan las lecturas que los adultos creen que son las mejores para la formación pero que les dicen muy poco a los beneficiarios potenciales. Imponer la lectura bajo el argumento moral de forzarlos a recibir un bien es una de las formas más efectivas de alejar a los adolescentes y jóvenes de la práctica de leer libros. Si somos adultos y de veras nos importa compartir la lectura, lo único que realmente funciona ante los adolescentes y jóvenes es contagiarles de un interés auténtico que no desdeñe jamás sus capacidades y las razones de su elección. Pensar que porque son personas en formación, debemos conducirlos hacia nuestros gustos e intereses es partir de una bienintencionada arrogancia. Los adolescentes y los jóvenes tienen gustos e intereses, poseen obviamente sensibilidad e inteligencia, y no se dejarán convencer ni mucho menos fascinar si no somos capaces de mostrarles y explicarles, con razón y corazón, por qué leer libros puede ser una experiencia única e inolvidable.

Michèle Petit ha sido muy clara en esto cuando nos alerta del siguiente modo:

“aunque reproducimos gestos que vimos hacer a nuestros padres, a menudo leemos en contra de nuestra familia, de la sociedad, del mundo entero,

¿Extinción o transfiguración del lector?

en particular durante la adolescencia. Si todo el mundo se pone de acuerdo para que lean, corremos el riesgo de que los niños, y más aún los adolescentes, levanten el vuelo ¡hacia otros placeres!”

La investigadora francesa prueba este argumento con el siguiente comentario de una lectora inicial:

“Tenemos como deportes obligatorios la gimnasia, la piscina y la biblioteca”. De ahí que Petit concluya que si muchos jóvenes se resisten a los libros, “quizá sea también debido a los esfuerzos por hacerles ‘tragar’ esos libros”.

Para esta investigadora es sintomático que sobre todo en la edad crítica de la adolescencia, los hijos se inclinen por hacer de la escuela un espacio propio donde no participen los padres, donde tengan una vida “privada” que esté vedada realmente a los progenitores; que preserve secretos que no desean compartir. Y en esto, acota, tienen razón, porque sin ese espacio para lo privado, para lo íntimo, los adolescentes y los jóvenes acabarían asfixiados en el espeso universo sermoneador de los adultos. Leer libros que han sido prescritos, impuestos por padres y profesores, y luego ser interrogados por ellos acerca de lo leído, resulta por demás un acto invasor, además de impúdico, que los adolescentes y jóvenes no están dispuestos a consentir de buen grado.

Por eso se resisten, primero, y luego se rebelan; y si a final de cuentas tienen que cumplir tristemente con la obligación, fingen que la realizan, simulan la lectura. En realidad, no leen; rechazan el libro de antemano, lo que hace concluir erróneamente a los teóricos de la lectura y a los profesores que falta intensificar la enseñanza y enfatizar el desarrollo de la destreza para que alcancen una mayor competencia en la comprensión lectora. Si leyeran, realmente, adolescentes y jóvenes comprenderían, por supuesto. El problema es que no leen; aparentan realizar la lectura para quitarse de encima a los adultos que todo el tiempo los están reprendiendo, sermoneándolos, por su falta de disposición lectora.

Hace un par de años, el escritor italiano Alessandro Baricco, que ha hecho tanto por el redescubrimiento del placer de la lectura, sembró

el escándalo en la Feria del Libro de Turín cuando inesperadamente aconsejó desde el título mismo de su conferencia: “Queridos jóvenes, es mejor no leer”. Si Baricco hubiese dicho lo contrario (Queridos jóvenes, lo mejor es leer), la afirmación previsible y políticamente correcta hubiera tenido más impacto y difusión en un mundo, el actual, que se la pasa todo el tiempo produciendo discursos con la obstinada y machacona muletilla moralizante de que hay que leer-hay que leer-hay que leer-hay que leer-hay que leer-hay que leer... hasta que toda la vida se nos convierta exclusivamente en lectura de libros. Pero he aquí que un escritor respetado y respetable, leído incluso por los jóvenes, propiciaba el cisma en el tema de la lectura cuando lo que se esperaba de él era todo lo contrario.

Razonable pero no ortodoxamente Baricco señaló:

“Cuando los jóvenes se rebelan a la lectura únicamente porque les viene dada como un valor inexplicable, porque es mejor que jugar Playstation, es necesario preguntarnos si alguien les ha explicado de manera convincente por qué es mejor. Aparte de que se trata, evidentemente, de una cuestión abierta —no sabemos todavía bien qué cosa sucede en aquel nuevo mundo de mensajes visivos, sensibilidad, velocidades distintas a la nuestra—, es por eso que los jóvenes viven la lectura como una agresión a sus valores. El libro y el videojuego desde el inicio resultaron contrapuestos. Entonces, o estamos en condiciones de explicárselos, o bien estamos haciendo algo que los alejará más”.

Otro escritor italiano, Franco Ferrarotti, coincide con Baricco en resaltar la disonancia que hay entre los lenguajes del libro y el video. En *Leer, leerse: La agonía del libro en el cambio de milenio*, Ferrarotti dice:

“Todavía no se ha entendido que la televisión tiene su lógica específica —su lenguaje, sus signos— y que entre la lógica de la escritura y la lógica de lo audiovisual no hay posibilidad de compromiso. Son dos lógicas que se excluyen, dado su carácter específico y su autonomía expresiva. Pero para la mayoría de los literatos de ascendencia humanística clásica, que para colmo de la ironía suelen ocupar puestos de responsabilidad dentro de los *mass media*, la televisión es sólo la continuación del libro”.

¿Extinción o transfiguración del lector?

Como bien señala Ferrarotti, estos literatos no son capaces siquiera de darse cuenta de que en algunos pueblos, incluso europeos, la televisión llegó antes que el alfabeto.

Además, habría que agregar, a lo que señalan Baricco y Ferrarotti, que no son pocos los bienintencionados que creen realmente que la televisión y los demás medios audiovisuales pueden, y deben, alentar e incentivar la lectura de libros. Creen, de veras, que alguien que está frente al televisor encendido, lo apagará inmediatamente y correrá a leer el libro que le recomendó su actriz preferida o su actor favorito. Por una extraña razón no alcanzan a ver la incongruencia, la falta de lógica en este deseo: algo tan parecido como si, cigarrillo en mano, el fumador empedernido nos invitara a dejar de fumar.

Para Alessandro Baricco, nada es grandioso si uno es incapaz de hacer sentir y de explicar por qué lo es. Haciendo un paralelismo con la música clásica, el autor de *Seda* argumenta que si les decimos a los jóvenes que los cuartetos de Beethoven son grandiosos sólo porque son los cuartetos de Beethoven, pero no sabemos explicarles por qué son grandiosos y por qué es mejor escuchar a Beethoven que no escucharlo, entonces esa grandeza carece de sentido y no les dice nada a los jóvenes; es una grandeza que deviene en una imposición ante la que el joven siempre se rebela, mirándola con su natural sarcasmo.

Regresando al tema de la lectura, Alessandro Baricco explica:

“El problema de la lectura, a final de cuentas, es esto. Si partimos del supuesto de que cada joven que no lee es una pérdida para la civilización, partimos de un supuesto erróneo. Estúpido. No es del todo cierto que, dentro de 150 años, la lectura será el modo, la forma más apta para la creación de sentido, para aprehender la vitalidad de lo real”.

Y añade:

“Para ser prácticos, veo a estos muchachos de 16 años que pasean, y que han leído todos mis libros, o bien demasiado Kafka o demasiado Dostoievski. Los veo. Y cuando me preguntan qué deben hacer, sólo una cosa me llega a la cabeza: ‘Váyanse a jugar con el balón, tiren los libros, paseen. Córtense los cabellos, píntenselos de verde. Hagan algo. Busquen estar

en el adentro. No afuera. Después de ello regresen a los libros, por caridad, pero no se dejen imbuir”.

Este estar en el adentro y este no dejarse imbuir es evidentemente una crítica al bovarismo cuando en sus extremos lleva a creer a los obnubilados que leer es mejor que vivir. No olvidemos que Fernando Pessoa, bovarista extremo, aconseja: “Quien lee deja de vivir.../ Dejad de vivir, y leed”.

Recordemos también que Daniel Pennac identifica perfectamente en *Como una novela* el problema de los libros extraordinarios, o que han sido extraordinarios para una buena parte de la humanidad en un determinado tiempo, que pueden no decirle nada a alguien a pesar de todos los esfuerzos que hace para encontrar la grandeza de la que todo el mundo le habla pero que él no puede percibir. Pennac llega sabiamente a la conclusión de que no a todo el mundo tiene que parecerle evidente, indiscutible, incuestionable, incontestable y demás términos que utilizan los pedantes —que, además, presumen de tolerancia—, la calidad superlativa de los grandes autores; que hay personas que se la pueden pasar perfectamente bien sin Thoman Mann, James Joyce, Malcolm Lowry y Stendhal, aun si reconocen que nunca pudieron ir más allá de las primeras páginas de *La montaña mágica*, *el Ulises*, *Bajo el volcán* y *Rojo y negro*; para el caso da lo mismo: lo que sucede es que esas personas no consiguieron, aunque lo hayan intentado, congeniar con esas obras y esos autores sin que por ello tengan que ser acusados de cretinos.

Para Alessandro Baricco, lo importante es saber identificar qué cosa está todavía viva y qué cosa está muerta para nuestra experiencia particular; qué nos sirve para estar más satisfechos con nosotros mismos y con los demás y qué es nada más un rito que debe seguirse porque así lo exige la dictadura cultural. Por ello, aunque a los espíritus ortodoxos de la alta cultura escandalice el oírlo, Baricco advierte que

“cuando, en resumidas cuentas, no puedo explicar a los jóvenes en la escuela Holden, por qué creo que *El hombre sin atributos* de Musil es un libro para leer, cuando advierto que me canso cada vez más, que cada vez tengo menos credibilidad, y que no logro convencerlos, no sólo quiere

¿Extinción o transfiguración del lector?

decir que no soy lo suficientemente bueno. Sugiere también que quizá, en la nueva geografía que está naciendo, *El hombre sin atributos* no es un libro importante. Esto es algo muy probable, de lo cual no debemos espantarnos. No lo digo para provocar. Los músicos que Rossini admiraba en su oficio se llamaban Mozart, Haydn, pero otros tenían nombres que hemos olvidado por completo”.

Seguramente, la afirmación de Baricco que más irrita a los lectores convencidos e inveterados, y que mucho más los ofende porque proviene de un lector mismo, escritor al que admiran y del que esperan apologías sobre el libro y el lector, es aquella en la cual el escritor italiano asegura que no le cabe la menor duda de que el placer de leer, así como la cultura del libro en su conjunto, está fuertemente relacionado con una derrota: “Leer es siempre la revancha de alguien que en la vida fue ofendido, herido”. Claro está que, aunque Baricco no tenga duda de lo que dice, la afirmación es discutible porque en el mundo hay mucha gente que ha sido herida y derrotada y no se cobra la revancha leyendo o escribiendo; tan solo se trata de no lectores, así sean ofendidos y humillados. Pero Baricco insiste y refuerza su idea:

“No sé si esto tiene alguna relación con la ‘humanidad ofendida’, de la cual escribía Adorno. Sé que la gente de libros es, por lo general, gente que sufre”.

Esto no lo hubieran podido negar ayer ni Rousseau ni Sartre, ni Cervantes ni Voltaire, ni Rubén Darío ni Hemingway ni Borges, y no lo podrían negar hoy ni Mario Vargas Llosa ni Salman Rushdie ni por supuesto Alessandro Baricco.

Por más que suene líricamente hermoso, no deja de ser desolador decir, por ejemplo, con la poeta uruguaya Cristina Peri Rossi:

“Mi casa es la escritura/ sus salones sus rellanos/ sus altillos sus puertas que se abren a otras puertas/ sus pasillos que conducen a recámaras/ llenas de espejos/ donde yacer/ con la única compañía que no falla/ Las palabras”.

Lo que sí es una verdad objetiva es que una buena parte de la gente que lee libros de manera asidua y con hábito irreversible, está convencida de que todo aquel que no tenga ese similar comportamiento, ese hábito conspicuo, está moral y culturalmente incompleto y carece de ciertos elementos definitivos y definitorios para comprender el mundo. A esta gente le ofende sobremanera que pueda cuestionarse o someterse a examen esta visión. Es natural: en dicho cuestionamiento hay muchos que encuentran una impugnación y, más aún, una negación de ellos como modelos mejor acabados de la cultura escrita, los libros y la lectura. Se sienten ofendidos porque asumen que poseen una incuestionable superioridad sobre los que no leen.

De la conmisericordia por los que no leen pasan, con mucha facilidad, a una arrogancia parecida al desprecio. Y este comportamiento es absurdamente paradójico, pues se supone que un lector, según el modelo ideal que la misma lectura traza, tendría que ser una persona más tolerante con los demás. En realidad, dicho comportamiento es más bien sintomático de que en esa creencia absolutista las cosas no van siempre bien. Es una cuestión de amor propio: el lector se mira al espejo y se encuentra superior al que no lee, ese ser al que compadece y desdeña al mismo tiempo. Una actitud así es tan incomprensible como sentir lástima y menosprecio por los que no gustan de la danza, el cine, la música, la pintura, el teatro, el fútbol, el golf, el tenis, el críquet, etcétera. La gente lee o no lee, y leer es mejor que no leer, como también saber jugar fútbol es mejor que no saber hacerlo, pero las elecciones y aun más las aptitudes y los talentos son, casi por definición, excluyentes. Si todo se puede hacer, si nada nos es vedado, no hay elección posible. Pero, desde luego, tan solo plantear esto es absurdo.

Para afirmarlo con una frase del todo pertinente, recordemos una vez más lo que escribió a propósito de esto el gran lector y ensayista francés Albert Béguin, “el ‘leedor’ es un hombre que tiene la vocación de leer”, pero esto “no le confiere ningún tipo de superioridad”, pues “hay gente que tiene otras vocaciones; hay gente que no leerá jamás y que no vale menos que los que son ‘leedores’ casi de nacimiento”.

En el caso de los adolescentes y los jóvenes el asunto es todavía más delicado. No todos son como el adolescente Jean-Paul Sartre, huérfano y ofendido que, hacia el final de sus días reconoció que a través de

¿Extinción o transfiguración del lector?

los libros confundió el desorden de sus experiencias librescas con el azaroso curso de los acontecimientos reales, de modo que los libros fueron sus pájaros, sus nidos, sus animales domésticos, su establo y su campo, y que la biblioteca era el mundo atrapado en un espejo.

Esta imagen esencialmente libresca del mundo atrapado en un espejo es ante la que reacciona, comprensiblemente, Alessandro Baricco cuando —haciendo frente a un discurso dominante e ideológico e incluso demagógico— aconseja a los jóvenes que no se dejen imbuir.

Luis Cernuda, lector inveterado, atrapado hoy para siempre en los estantes de la biblioteca, lo diría así:

“Que la lectura no sea contigo, como sí lo es con tantos frequentadores de libros, leer para morir. Sacude de tus manos ese polvo bárbaramente intelectual, y deja esta biblioteca, donde acaso tu pensamiento podrá momificado alojarse un día. Aún estás a tiempo y la tarde es buena para marchar al río, por [cuyas] aguas nadan cuerpos juveniles más instructivos que muchos libros”.

Sí, casi seguramente, leer es mejor que no leer. Y tal vez algún día lo sepan aquellos que hoy son adolescentes o jóvenes (no todos, por supuesto), como hoy saben, perfectamente, que leer no es mejor que vivir, aunque leer —muchos lo sabemos— sea también una de las formas más extraordinarias y maravillosas que nos regala la existencia.

¿Extinción o transfiguración del lector? Tercer Seminario Lectura: pasado, presente y futuro. La edición consta de 300 ejemplares. Cuidado de la edición, Zindy Elizabeth Rodríguez Tamayo. Formación editorial, Mario Ocampo Chávez. Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas. Fue impreso en papel cultural ahuesado de 90 gr. en Producciones Editoriales Nueva Visión, ubicados en Juan A. Mateos número 20, Col. Obrera, México D.F. Se terminó de imprimir en el mes de abril de 2008.